

Por
MANUEL
VAZQUEZ MONTALBAN

¿La televisión!
He aquí una expresión con admiraciones que quiere decir muy distintas cosas para cada sector socio-cultural de una comunidad. Para unos es el síntoma y la causa de la más dramática manipulación de las masas. Para las masas en general, y poniendo en cuarentena la propia palabra masa, la televisión es algo plenamente inserto en sus vidas, que esperan cotidianamente, cada noche, el rectángulo donde todo es posible, todo menos verse a sí mismos.

¿Es legítima la actitud radicalmente condenatoria de la televisión? En general es una actitud atribuible a la intelectualidad crítica y, en cierta manera, la posición de este sector con respecto a la televisión podría constituir un test del nivel de registro de realidad que podríamos concederles. Casi todos los análisis críticos que provienen de este sector están condicionados por una toma de partido en favor de las masas sometidas a la influencia alienante de la televisión. Consecuencia: no hay que ver la televisión. Y ellos, los intelectuales críticos, no ven la televisión. Pero «las masas» la siguen viendo.

Diez, doce horas de trabajo. En algunos casos, catorce. Después el retorno a la madriguera más o menos electrodoméstica. Entonces, durante las tres o cuatro horas que conducen a la definitiva madriguera del sueño, la televisión se convierte casi en el exclusivo factor de información y culturización del pueblo. Y así uno y otro día. Mientras tanto, el intelectual crítico lee y forcejea críticamente con la última obra crítica del recién estrenado crítico Roger Garaudy, o bien, nuestro crítico intelectual se abstrae en una dramática consideración sobre los riesgos del neopositivismo y la semántica. Pero, ¡córcholis!, esta noche no puede concentrarse. Los vecinos mantienen muy alto el sonido de su televisor.

—Madre. ¿Ha telefoneado Tara King?

¡Qué banalidad! Piensa el intelectual crítico. Pero, ¿qué podía esperarse de un vecindario mayoritariamente constituido por burguesía filistea? El intelectual crítico se acerca a la ventana. A lo lejos se percibe el lucero de los barrios proletarios. Es entonces cuando le sacude un espasmo emocional-solidario y cuando dice: —¡Ni el más fino de los programas de televisión merece ser contemplado por el pueblo!

Las ventanas de casi la totalidad



**¿LE GUSTA
A VD.
TARA KING?**

LA DIGNIDAD NARRATIVA DE LA SERIE "LOS VENGADORES" ES EJEMPLAR. ES DE LA CALIDAD DE LA MEJOR LITERATURA DE AVENTURAS Y CONSTITUYE UNA SATIRA DEL PROPIO GENERO.

del barrio proletario tienen una extraña luminosidad gris. Es la luminosidad de las pantallas de televisión. El Diablo Cojuelo revolotea sobre los techos de la ciudad y recita unos versos de Machado:

Y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

LA LUCIDA FALTA DE LUCIDEZ

Juan Jacobo Rousseau escribía a un amigo de Ginebra: «Heos aquí, señores, convertidos en autores de periódicos. Yo os declaro que vuestro proyecto no merece lo que vos; tengo el sentimiento de ver hombres hechos para levantar monumentos, contentarse con llevar materiales y arquitectos hechos peones. ¿Qué es un periódico? Una obra efímera, sin mérito y sin utilidad, cuya lectura, desdeñada y despreciada por las gentes ilustradas, no sirve más que para dar a las mujeres y a los tontos vanidad sin instrucción, y cuya suerte, después de haber brillado por la mañana en su tocado, es morir por la noche en el guardarropía».

El genial Diderot escribe en la Enciclopedia: «Todos estos papeles son el pasto de los ignorantes, el recurso de los que quieren hablar y juzgar sin leer, el azote y el asco de los que trabajan. Jamás han hecho producir una buena línea a un buen espíritu, ni impedido a un mal autor hacer una obra mala».

Estamos hablando de dos de los espíritus humanos más lúcidos de todos los tiempos y, sin embargo, es notable su falta de lucidez para comprender el papel que ya en su época están jugando los periódicos. Voltaire, por ejemplo, se despacha a su disgusto contra las «hediondas gacetas que llegan de Holanda o Inglaterra», y son precisamente esas «gacetas» uno de los vehículos más eficaces para la transmisión del nuevo cuerpo ideológico que va a socavar y derribar al antiguo régimen.

La actitud de la intelectualidad crítica con respecto a la televisión es muy similar, aunque las motivaciones son mucho más legítimas. La prensa en sus orígenes fue, por una parte, una eficaz mordaza social e histórica, gracias al régimen de «concesionismo», según el cual sólo el Rey podía conceder el privilegio de imprimir y hacer circular papel impreso. Pero la prensa clandestina, al servicio de la burguesía ascendente y revolucionaria, jugó un papel determinante para que a los abogados franceses de provincias les llegara la ciencia crítica de Rousseau, Diderot o Voltaire, o las moralidades críticas de De Foe, Addison Steele, etcétera.



La pareja protagonista de "Los Vengadores" no es una pareja seria". Se hablan de usted, se tratan deferente pero distanciamiento y sólo sus ojos evidencian una malicia erótica.

Y esa transmisión de doctrina vulgarizada por el medio contribuyó a que surgiera la energía de la acción, tanto o más que la lectura directa de El sobrino de Rameau o El Contrato Social.

Está muy claro que la televisión vive, en casi todo el mundo, bajo el más riguroso régimen de privilegio real. Allí donde no la controla directamente el Estado, la controlan sectores del capital identificados radicalmente con el sistema; cuando no la controla una colaboración indirecta capital-Estado, mediante empresas de televisión estatales que sobreviven gracias a la publicidad. Casi todas las televisiones del mundo están identificadas, por lo tanto, con los fines regresivos y represivos de sus establishments correspondientes.

Por otra parte, es cierto que la televisión es el medio formativo más omnipotente y que, en consecuencia, es el instrumento más preciado en manos del poder para hacer efectivo el control de las masas.

Hasta aquí, el análisis crítico de la televisión es irreprochable. Y con esa distancia crítica uno puede situarse ante el televisor con el completo convencimiento de que su pura alma crítica no será violada. Porque someterse al acto de contemplar la televisión es fundamental para comprender con quién y en dónde vivimos.

PROPUESTAS DEL COMPORTAMIENTO

La televisión es sumamente hábil y peligrosa precisamente por

su peculiar mecánica de comunicación. Un periódico permite el foraje reflexivo por parte del espectador. Puede volver a leer lo que no le ha convencido. Detenerse y reflexionar. Contrastar. Un espectador de televisión es un sujeto pasivo (el desprovisto de distancia crítica) que va recibiendo continuas propuestas de comunicación a través de las imágenes y las va aceptando sin posibilidad de cuestionarlas, a poco burdas que sean esas propuestas. Es imprescindible asistir a ese juego como espectador privilegiado, armado de criticismo y, al mismo tiempo, lo suficientemente lúcido como para comprender que todo aquello afecta a la conciencia social mucho más que nuestra ejemplar y constreñida actitud de repulsa.

Señores intelectuales críticos. Ustedes no saben la tierra que pisan si no contemplan programas como Club mediodía, Los hombres saben... los pueblos marchan, Las diez de últimas o la variada gama de programas religiosos que contemplan o podrían contemplar los telespectadores españoles. Ustedes no tienen ni idea de lo que es la revolución semántica nacional si no han visto un programa de Amestoy. No, no es suficiente leer editoriales de algunos diarios madrileños. Es imprescindible ver programas de Amestoy. Allí comprobarían que el techo del «contraste de pareceres» consiste en decir: «Cuidado que voy a decir algo muy gordo, que lo digo... ¡que lo voy a decir!... que he estado a punto de decirlo... Ya está dicho», y que, probablemente, el espectador desarmado culmina el asunto comentando: «¡Ese tío sí que las canta claras! ¡Vaya si las canta!». Usted, entrañable y puro intelectual crítico, no tiene ni idea de lo que ha prosperado el servan-schreiberismo nacional si no presencia los programas dedicados a Loores y Gozos de la Estadística Nacional.

Usted no sabe con quién se la jugará el día de mañana si desconoce que en todo niño español-televisivo hay un Jim West en potencia. ¿Quién es Jim West? ¿Pero usted no sabe quién es Jim West? En cambio me apuesto medio (sólo medio) dedo de la mano, a que sabe el nombre del más mínimo de los héroes progresivos de la Historia; desde Espartaco hasta el general Giap. Usted no tiene ni idea de la infancia nacional si no ve esos telefilms protagonizados por niñas americanas campeonas de béisbol y niños americanos que hacen deliciosas compotas de manzana.

¿Y de la juventud?

¿Sabe usted algo de la juventud del país? ¿Ha visto usted algún programa de Inigo o de Inigo

¿LE GUSTA A VD. TARA KING?



Ironsides (Raymond Burr): La inválida gravedad autoritaria de un neurótico.

y Pepe Paláu? Usted es un analfabeto, intelectual crítico de mis entrañas, si no ha visto a Los Alba con melenas de Tercera Revolución Industrial e interpretando *Mi jaca*. ¿Tampoco ha visto *Especial Pop*? ¿No sabe que Elsa Baeza y Lazarov se han casado? ¿Desconoce usted las claves lingüísticas del alucinante Lazarov? Es la sicodelia, ¡se armó la sicodelia, hijo! Po rom pon... ¡chuff!... Po rom pon... ¡chuff!...

Tampoco está muy enterado de cómo se ve a sí mismo el «pater-familias de todo Occidente si no contempla algunos telefilms de la serie *Bonanza*. Es quizá una de las más inteligentes propagandas de lo de la familia, «sheriff» y municipio. Bastante más inteligente que *Los hombres saben... los pueblos marchan*, un programa cuya máxima utilidad histórica ha consistido en estrechar los lazos entre Vinaroz y Almería, mediante el *Langostino de Oro* que el alcalde de Vinaroz regaló al de Almería.

Y nada de nada. Usted no sabe nada de nada sobre la promoción social de los bedeles de Universidad que sólo son bedeles de Universidad (los hay que tienen secretos oficios) si no ha visto cómo don Secundino Gallego subía desde su silla de la garita de la primera planta de la Universidad literaria de Barcelona, a la cátedra de varias Universidades españolas, donde ha desarrollado sorprendentes y magistrales lecciones sobre pájaros. Y todo gracias a la televisión.

Y así convive usted en un país en el que todo esto se convierte

en propuesta de comportamiento uniforme e individualizado. En un país en el que los padres acabarán siendo patriarcas de *Bonanza* portorriqueños; las madres, Doris Day con guiño y femineidad hasta en el sobaco, y los niños, audaces Jim West que un día arreglan entuertos en New Orleans y, al día siguiente, en Camboya.

Por eso sorprende de pronto encontrarse con series como la llamada *El Astuto* (traducción infame de *The Outsider*: El Fuera de Juego o El Francotirador) o «Los Vengadores». No encajan en el contexto de apología directa e indirecta de tanta vietnamización, de tanto nacional-sherifismo. Ni el personaje de *El Astuto*, ni los personajes de *Los Vengadores* pueden convertirse en telemitos, en míticas propuestas de comportamiento. El primero es un depauperado detective con tomates en los calcetines, y los segundos, una desenfadada y equívoca pareja que atenta contra el fundamento doctrinal de la protección a las familias numerosas.

FUERA DE JUEGO

El espectador pasa de la inválida gravedad autoritaria del neurótico *Ironsides*, al desvalido detective privado que vive en un apartamento de mala muerte, que tiene el teléfono y la leche agria en el frigorífico y que actúa bajo el perpetuo desprecio de la Policía oficial, que ven en él a un «ex convicto». El marco real sobre el que opera este detective sin raza tiene, en ocasiones, la crudeza de las obras de

Hamlett. No hay mitificaciones (salvo excepciones) ni del criminal, ni de la ley, ni siquiera de las relaciones amorosas o sexuales. Es más, el protagonista a veces no vacila en utilizar el vínculo amoroso para conseguir sus fines de precario profesional.

Es difícil saber si la intencionalidad de los guionistas de *The Outsider* va por el camino de ofrecer un anti-detective, un anti-mito, dentro de la cultura de masas americana. O bien han tratado de encontrar simplemente una temática original, más consumible por lo tanto. Es posible que esta segunda intencionalidad (intencionalidad envilecida) obtenga sus fines entre un público como el americano, más maleado por la televisión, dispuesto a aceptar la perversión erótica de un detective feo y rechazado

por el éxito. Pero para un público español es prematuro tal nivel de sutileza. Con todo y tener audiencia, ni *El Astuto* ni *Los Vengadores* son programas que hayan obtenido entre nosotros el éxito de público de los Campeonatos de Fútbol de Wembley o de telefilms como *El Fugitivo* o *Los Invasores*.

Ante un detective como el que propone *El Astuto*, el público español siente una desconfianza básica. Aquel individuo es un desgraciado —piensa nuestro espectador— y para ese viaje no se necesitan alforjas. El personaje le inspira una piedad crítica, le rechaza en vez de absorberle. Es la misma mecánica de antisolidaridad que planteaban los personajes del neorealismo italiano entre un pueblo español que vivía un realismo equivalente. Cuando «El Astuto» re-



ESTA MUY CLARO QUE LA TELEVISION VIVE, EN CASI TODO EL MUNDO, BAJO EL MAS RIGUROSO REGIMEN DE "PRIVILEGIO REAL".

cibe una paliza, no es una paliza morosa, erótica, perversa, como la que puede recibir un Paul Newman o un Marlon Brando, es una paliza de las que hacen daño sin producir ningún éxtasis libidinoso en el telespectador. Aquel personaje no es una curiosidad, sino un riesgo perpetuamente presentado desde el inconsciente individual y colectivo de pueblos que se han caracterizado por ser apaleados. En cambio, el espectador americano pertenece a un pueblo que se ha caracterizado por apalear.

Hasta cierto punto, las peripecias de *El Astuto* constituyen una fisura en el cromó acabado con poliéster que puede componer la programación del sábado. Después de la monstruosa apología de la memoria-papagayo de los escolares españoles (*Cesta y Puntos*), después de las irrelevantes *Galas del Sábado* (que contienen, a veces, la perla surrealista de una buena actuación de Tip y Coll), después del técnicamente conseguido *Veinticuatro horas*, muchos espectadores teleadictos cierran el receptor porque no acaba de entrarles ese personaje en perpetua marginación. Otros persisten por la fidelidad a la trama y la acción.

Pero *El Astuto* no lo es tanto como para representar el paraíso del éxito. Está excesivamente fuera de juego.

ELOGIO A LA INTELIGENCIA

La mayor parte de los telefilms son de procedencia norteamericana. Pero, de vez en cuando, se programan series procedentes del Reino Unido, que tienen un sello evidéncioso. No es lo mismo el detective que componía Patrick McGoham, en *Agente Secreto* o en la serie posterior (realmente extraordinaria) de *El Prisionero*, que el equivalente modelo norteamericano.

Tal vez, el telefilm más peculiar de todos los hasta ahora programados haya sido *El Prisionero*, que no se visionó en olor de multitudes por el excesivo hermetismo de su lenguaje visual. Una serie que tiene el nivel requerido para no ser hermética y que, al mismo tiempo, plantea un auténtico conflicto de atracción y repulsa por parte del teleadicto es la de *Los Vengadores*.

Una extraña organización de agentes secretos paraguernamentales, encabezada por un inmenso gordo paralítico al que llaman *Madre*, tiene en John Steed y en Tara King a sus eficientes profesionales. Toda la serie se realiza a partir de un atrezzo no convencional, con una escenografía ambigua, vestidos los personajes con el vestuario libre del inglés libre en la Inglaterra libre. La pareja protagonista no es una pareja seria. Se hablan de usted (motivado, tal vez, por la ambigüedad del *you* inglés), se tratan deferente pero



La protagonista —Tara King— es un animal perfecto en cuanto a "sex-appeal". Fémica violenta, experta en judo, colabora muy eficazmente con su "partenaire", John Steed, el hombre del bombín y el paraguas perpetuo.

distantemente y sólo sus ojos evidencian una malicia erótica, a veces subrayada por la situación. La protagonista es un animal perfecto en cuanto a «sex-appeal». Fémica violenta, experta en judo, colabora muy eficazmente con su «partenaire», aunque siempre corra mucho más riesgo y precise de la acción salvadora del irónico John Steed, el hombre del bombín y del paraguas perpetuo.

La dignidad narrativa de la serie es ejemplar. Tiene la perfección equivalente a la mejor literatura de aventuras y además constituye una sátira del propio género. El

espectador no acaba de aceptar esta serie porque todos los elementos convencionales que le atraen se vuelven contra él. Tara King es un prodigio de señora, pero, a la larga, se revela excesivamente inteligente o audaz y no es una chica como para pedirle el matrimonio.

John Steed pega como Eddie Constantine, pero con excesivo sarcasmo. Su suerte no es una suerte mínimamente trucada. Es una suerte paródicamente trucada y eso molesta al espectador, porque le obliga a aceptar la evidencia de la mitología que envuelve a otros

héroes equivalentes. La voluntad paródica se acentúa continuamente por lo grotesco del enemigo, un grotesco a lo barroco, exageradamente deformado para satirizar el maniqueísmo habitual en este tipo de relatos.

La sátira no respeta género.

Igual se aplica sobre la ciencia-ficción que sobre los telefilms de temática político-policíaca. Los malos no son perversos y tontos como en *Misión Imposible*, son, simplemente, muy malos, malísimos, tanto que nos obliga a desconfiar de la idea de la maldad. Hay también otro nivel satírico dirigido contra la manipulación seudofreudiana del vicioso sistema autoritario de las sociedades secretas político-policíaco-monacales. Así, el supremo dirigente de la organización es un señor «gorda» (*Madre*) y cuando está de viaje o enfermo ocupa la jefatura una señora «flaco», al que llaman *Padre*. Hay mucho cachondeo cibernético y semiótico y un perpetuo juego contra el espectador. Tantas veces como se sienta ganado por la acción recibirá la sorpresa del chasco paródico.

De ahí que el espectador español se sienta burlado en su ingenua entrega al televisor. Extraordinariamente, ese pozo vertiginoso y brillante en el que se sumerge le obliga a salir de él, le expulsa de la placenta y le deja en cueros, sin cordón umbilical y necesitado de interpretar todo aquello. Es una serie muy inteligente, concebida con un desprecio básico a la cultura televisiva más habitual.

No es que los programadores de las dos televisiones inglesas sean personajes dispuestos a arrojar piedras sobre el propio tejado del sistema. Pero la objetividad política de toda democracia formal que se precie de serlo exige que se conceda al telespectador una tregua y se le permita recuperar su capacidad de reflexión durante media hora a la semana. Este riesgo está perfectamente calculado y controlado.

¿Lo ve usted?

Podría objetarme el intelectual crítico y añadir: «Esto no hace más que confirmar mi tesis de que ni el más fino de los programas de televisión merece...», etcétera.

Pero usted, amigo, habla como si estuviera en una urna. Siete u ocho millones de españoles ven *Misión Imposible* y usted se resigna a desconocer qué efectos pueden causarles una programación televisiva de acción cotidiana, año tras año. Y además, si es usted varón, se pierde a Tara King, un auténtico prodigio. Y si es usted hembra, igualmente intelectual y crítica, no se pierda a Tara King para comprobar una nueva fórmula de conversión de la mujer en objeto sexual. La televisión, en el fondo, está pensada para todos los públicos. ■ M. V. M.